

en el marco del Imperio romano. Por su parte, el discurso del maestro (παιδαγωγός) de inspiración cínica Teles presenta sin duda una función más puramente pragmática («diatribica»): ayudar a sus oyentes a abordar mejor la realidad o la eventualidad del exilio.

Carlo M. Lucarini («Sur le texte de Περὶ φυγῆς de Favorinos d'Arles», pp. 145-160) analiza el estado actual de la edición del texto del Sobre el exilio. Tras la primera publicación del *P. Vat. Gr.* 11 por Norsa y Vitelli en 1931⁸, el verso del papiro que contiene el texto de Favorino fue objeto de otra edición crítica a cargo de Barigazzi (1966)⁹ y, más recientemente, de Tepedino Guerra (2007)¹⁰. Sin embargo y a pesar de los méritos de estas dos últimas ediciones, en cuanto a la exégesis (Barigazzi) y a la paleografía (Tepedino Guerra), el mejor texto sigue siendo, según Lucarini, el de Norsa-Vitelli.

Eugenio Amato («Favorin., *Ex. col.* 1, 25-27: Quel Mucius?», pp. 161-167) se detiene en una de las lagunas del *P. Vat. Gr.* 11. En efecto, debido al mal estado de conservación de la col. I, el comienzo del *De exilio* de Favorino tiene grandes lagunas. Es evidente que contiene una lista de personajes ejemplares y célebres (filósofos, héroes míticos, políticos, etc.) dentro de la que podemos reconocer con certeza a Empédocles, Heracles y Musonio Rufo, pero también a un tal Mucio, cuya identidad no está clara. Si el punto en común entre los personajes fuera su arrojo y desprecio a la muerte, posiblemente se tratara de Q. Mucio Escévola; por otra parte, si, como se inclina a pensar Amato, el tema de la lista era «personajes en el exilio», deberíamos pensar en una confusión entre Mucio y Marcio, e identificar en consecuencia a Mucio con C. Marcio Coriolano.

Jacques Schamp («Une guide de voyage pour Favorinos et Thémistios», pp. 169-178) explora la base textual del tópico literario del viaje en Temistio, y concluye que existen evidentes similitudes entre Them. *Or.* 13 y Fav. *De ex.* 15, 3 en cuanto al léxico y las fuentes utilizadas (Homero y Platón).

A continuación de las contribuciones encontramos una bibliografía general sobre el *P. Vat. Gr.* 11 («Bibliographie du *P. Vat. Gr.* 11: Favorinos, *Sur l'exil*; documents administratifs de Marmarique», pp. 179-183) reunida por Eugenio Amato y ordenada en tres categorías: ediciones, traducciones y contribuciones. De estas últimas, el editor únicamente lista aquellas que, según su criterio, ofrecen aportaciones críticas al estudio del papiro y su contenido. Le siguen un índice autores modernos (por Nadine Sauretel, pp. 185-191) y otro de autores antiguos citados (por Matteo Deroma, pp. 193-202). Cierra el libro una breve presentación de los autores de cada contribución (pp. 203-206).

En resumen, esta obra colectiva constituye una magnífica introducción tanto para los estudiosos del *P. Vat. Gr.* 11 como para aquellos interesados en la figura de Favorino en general.

Jaime RANCHAL BEATO
Universidad de Granada

Lucía P. ROMERO MARISCAL, *Virginia Woolf y el Helenismo, 1897-1925*, Valencia: Diputació de València – Institució Alfons el Magnànim 2012. 216 págs. ISBN 978-84-7822-621-4

Como es sabido, Curtius dedicó su erudita obra *Literatura europea y Edad media latina* (1948) a reivindicar la pervivencia de la cultura clásica, transmitida a través de la literatura me-

⁸ Cf. M. Norsa & G. Vitelli, *Il papiro Vaticano Greco II (1. Φαβωρίνου περὶ φυγῆς; 2. Registri fondiari della Marmarica)*, Città del Vaticano, Biblioteca Apostolica Vaticana, 1931.

⁹ Cf. A. Barigazzi, *Favorino di Arelate. Opere*. Florencia, Le Monnier, 1966, 347-521.

¹⁰ Cf. A. Tepedino Guerra, *Favorino di Arelate. L'esilio*, Roma Edizioni dell'Ateneo, 2007.

dieval escrita en latín, en el mundo occidental moderno. Curtius insiste en que, para rastrear esa recepción, es imprescindible investigar la formación recibida por los autores europeos: «Un conocimiento elemental de la enseñanza europea es requisito indispensable de toda ciencia literaria» (p. 63 del vol. I de la edición española).

Como para contribuir a este *desideratum*, el presente libro constituye un magnífico estudio sobre los estudios helénicos de Virginia Woolf (1882-1941), incluyendo el aprendizaje del griego clásico, sus lecturas de literatura griega clásica, la visión que tenía Woolf de la cultura griega antigua y la recepción de esa cultura en su obra original, siempre dentro de la franja cronológica que se especifica en el título (1897-1925), que excluye de la investigación las que podríamos considerar obras mayores (o, al menos, más conocidas) de Woolf (*Al faro*, de 1927; *Las olas*, de 1931). La autora justifica en la Introducción (24) esta restricción temporal por dos razones: porque este período constituye la fase de formación de Woolf, hasta que alcanza su madurez; y porque sería difícilmente abarcable extender la franja estudiada.

El libro está inaugurado por un Prólogo de la profesora María Teresa Muñoz García de Iturrospe (9-15), cuyas investigaciones sobre la presencia clásica en la obra de Woolf constan debidamente en la Bibliografía final (211-212). Luego la monografía tiene una estructura nítida, ya que consta de una Introducción (sobre la que volveremos) y de tres amplios capítulos, culminados por una Bibliografía final.

El Capítulo I (27-110), el más extenso y detallado del libro, lleva el impresionista título de «Una emoción diferente» (que es el sintagma con el que Woolf designó lo que para ella suponía el aprendizaje/conocimiento del griego). Versa sobre la formación de Virginia Woolf en griego clásico y sobre sus lecturas de literatura griega. La autora realiza una investigación factual y heurística de esta trayectoria discente, a partir del examen minucioso de la documentación primaria, básicamente los *Diarios* de Woolf, sus cuadernos de notas de lectura y sus cartas. Nos enteramos de que Virginia Woolf no recibió una formación reglada en la Universidad (por prejuicios de género propios de la época), pero que sí estudió latín y griego gracias a la enseñanza recibida de sus padres, mediante el seguimiento de cursos ocasionales (en King's College y Morley College) y, sobre todo, gracias a clases particulares impartidas por profesoras como Janet Case. Partiendo de esta formación, Woolf profundizó en sus conocimientos de griego mediante el estudio individual, apoyándose en gramáticas y ediciones bilingües. Los principales textos griegos que leyó Woolf son Jenofonte, Homero, el *Simposio* de Platón, la *Poética* de Aristóteles, la *Antología Griega*, Tucídides y tragedias (sus favoritas). «Virginia lee la literatura antigua como una literatura viva, imaginando desde el proceso de creación hasta su representación y recepción» (79).

El Capítulo II (111-165) lleva un título factual: «Viaje a Grecia de 1906. Un diálogo en el monte Pentélico. El cuarto de Jacob». En primer lugar, se describe el viaje que Virginia Woolf realizó a Grecia en 1906 y la huella que dejó en la novelista, según se desprende de su Diario de viaje. Woolf se siente especialmente atraída por estatuas y templos (sobre todo, el Partenón). La narradora plasmó su experiencia con el viaje y su visión sobre la Grecia moderna en el relato *Un diálogo en el Monte Pentélico* (de 1906), que cuenta la excursión de un grupo de turistas ingleses al monte citado. El relato revela el contraste entre la imagen idealizada de la antigua Grecia, que tienen los ingleses, y la realidad de la Grecia moderna. En este capítulo la autora identifica también los elementos helénicos presentes en la novela *El cuarto de Jacob* (1922), la cuarta de Woolf. La obra es una especie de novela de formación (*Bildungsroman*) del protagonista (143), Jacob (que tiene mucho tanto de la novelista como de su hermano Thoby: 144). Significativamente, todos los espacios en que se desarrolla la novela tienen algún elemento de ambientación griega (143-144). El pensamiento de Jacob es deudor de un cierto paganismo intelectual al estilo griego (146), lo que incluye sus escauceos homoeróticos (148). Su autor favorito es Sófocles (149). Jacob realiza un viaje de conocimiento a Grecia, que evoca

el viaje que hizo la propia Virginia (156). Finalmente, un tema principal de la novela es «la imposibilidad de conocer, de interpretar, a los demás» (163), como correlato de la conciencia de la propia Virginia Woolf de su incapacidad para conocer certeramente la lengua, literatura y cultura griegas.

El Capítulo III (167-204) lleva el título de «La lengua perfecta. Del no saber griego». En *La lengua perfecta* (1917) la novelista hace una exaltación del griego como el vehículo perfecto de expresión humana, a la vez que señala su terrible dificultad, paliada por la ayuda que prestan las ediciones bilingües (especialmente de la colección Loeb) para realizar una lectura seguida. *Del no saber griego* (1925) es un ensayo sobre la experiencia lectora de Woolf, quien vuelve a insistir en la belleza y dificultad del griego, así como en la perfección de sus productos literarios; también traza las características principales de algunos géneros, con especial atención a la tragedia griega; sobre este género comenta los elementos de la trama, los personajes y el coro. Para Woolf, el griego tiene las tres cualidades de agilidad, concisión y sustantividad (196). Virginia Woolf, que se pasó media vida leyendo y traduciendo griego literario, llega a la conclusión de que el griego, por su concentración semántica y por su dificultad, es en realidad intraducible (198).

El libro carece de unas Conclusiones, pero la Introducción (17-26) en realidad cumple con esa función, al anticipar las conclusiones. Los puntos más interesantes son los siguientes: Virginia Woolf sentía un amor profundo por la lengua y literatura griegas (18-19); estudió ambas con perseverancia, a pesar de sus dificultades vitales (20) y de que odiaba la gramática (19); «el estudio del griego fue para Virginia una suerte de liberación de las convenciones victorianas que constreñían su libertad doméstica», porque estudiar griego le servía como excusa para retirarse a su habitación propia (22); la novelista no creía que el griego fuera una lengua muerta, sino un vehículo de cultura viva, aplicable a la vida contemporánea (21); de hecho, Woolf debe al contacto con el griego gran parte de sus inquietudes feministas (debido a la influencia de Janet Case, su profesora particular: 21); por último, la literatura griega ofreció a Virginia Woolf modelos formales, genéricos y temáticos para la composición de su propia literatura ficcional (22-23).

El libro es enormemente informativo y útil, si bien parece dirigido a especialistas en Virginia Woolf. La propia autora reconoce en su Introducción (23-24) que el Capítulo I no constituye una biografía y que el libro en su conjunto presupone conocimientos previos sobre la novelista por parte del lector. Los interesados por la Tradición Clásica, no necesariamente expertos en la Woolf, habrían agradecido una contextualización básica de su vida y obra. Igualmente, resulta complicado identificar las referencias bibliográficas: en la p. 25 la autora avisa de que el sistema de referencias sigue el modelo establecido por el *Companion* de Cambridge, pero no es esperable que el lector medio tenga a mano dicho *Companion*. La dificultad se habría subsanado simplemente con la inclusión de una página con la clave de las abreviaturas más frecuentes, como *EJ*, *MB*, o *L* (correspondientes a *The Early Journals*, *Moments of Being* and *The Letters of Virginia Woolf*, respectivamente). La Bibliografía final se divide en tres secciones: I. Ediciones utilizadas, II. Traducciones españolas consultadas, III. Bibliografía (que habría sido preferido titular «Estudios»). La edición de las Notas de lectura de Woolf, obra de Silver (1983), aparece en III. Bibliografía, cuando se esperaría en I. Ediciones utilizadas. Y no es inmediatamente obvio dónde están editados los opúsculos ensayísticos *La lengua perfecta* y *Del no saber griego*.

Algunos temas de interés, apuntados por la autora, merecerían mayor desarrollo. Por ejemplo, se menciona la influencia de la literatura griega en la poética de Virginia Woolf (22, 167-168 y 184-185) y se precisa que Woolf «intenta adaptar este difícil personaje colectivo [el coro] a la novela» (184-185), pero habría sido interesante explicar el cómo y el dónde. También se habría agradecido mayor discusión sobre la influencia de la cultura griega en el feminismo (21) y

en el ansia de empoderamiento personal de Virginia Woolf (22). En cualquier caso, esta monografía, fruto de una investigación ardua y minuciosa, supone una contribución sustancial a nuestro conocimiento de los estudios helénicos de Virginia Woolf. Además, el trabajo coloca a la autora en una plataforma idónea para seguir ilustrando sobre el componente clásico de los *opera maiora* de Virginia Woolf a los interesados por la Tradición Clásica y por la novelista.

Gabriel LAGUNA MARISCAL
Universidad de Córdoba

J. M. NIETO IBÁÑEZ (ed.), *San Cosme y san Damián. Vida y milagros*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2014, XLIV + 138 págs., ISBN: 978-84-220-1697-7

La relación entre medicina y religión puede enfocarse desde distintos prismas, como el conocimiento médico o el fenómeno religioso, pero también desde la filología. Textos similares a los que nos presenta el profesor Nieto Ibáñez, desde los *ἰάματα* de Epidauro a los *θαύματα* de Sofronio, no son ajenos a los estudiosos europeos, entre los que destacan varios filólogos españoles, como la doctora López Salvá, a la se que cita en numerosas ocasiones. Este trabajo reposa básicamente sobre la edición de Deubner (1907) y, subsidiariamente, en la de Rupprecht (1935). La única traducción completa anterior a la que aquí se nos ofrece es la de Festugière (1970).

La traducción, profusamente anotada, va precedida de una introducción general sobre los santos *ἄνδρῶν* Cosme y Damián, los santos «*sin dinero*», «*desinteresados*» (p. XII), la colección de milagros y sus series, la relación entre medicina y religión, la versión cristiana de un culto originalmente pagano, la iconografía y las hermandades médicas. Remata la introducción una breve nota sobre las ediciones y traducciones y cierra una bibliografía somera en la que se echa de menos a Laín Entralgo, en lo que concierne a la medicina popular en la Antigüedad, o alguna obra de conjunto sobre medicina antigua, como puede ser el manual de Vivian Nutton (2004 y 2013).

Sin que sea motivo de demérito, se ha observado alguna errata como «Sfronio» por «Sofronio», sin mayor trascendencia para el lector salvo porque se repite en varias ocasiones. La traducción es fiel reflejo del texto griego y su lectura es ágil; en esas notas a que nos referíamos, el autor aclara no solo lugares, nombres y hechos, sino que nos informa oportunamente de las palabras más difíciles de traducir en esta lengua en evolución que es el griego del momento: e. g., p. 54, nota 31, que explica *συναλλακτής* y p. 65, nota 5, que glosa *μοσχάτος*, que transcribe erróneamente el editor como oxítoto. Otra de las preocupaciones del autor es armonizar la obra dando título a cada texto, aun cuando no aparecen en las ediciones críticas; así, en la serie VI de milagros (pp. 109-133), Deubner no recoge títulos (milagros 39 a 48), sino que son del profesor Nieto Ibáñez. El último de ellos, «Amputación y trasplante del pie de un muerto vivo en la región de Sebastiana», quizá no es muy acertado en castellano. Los pies amputados que aparecen en el trasplante, el del paciente y el del cadáver, están vivos. Si se quiere incidir en este aspecto, bastarían *Amputación y trasplante del pie vivo de un muerto o del pie con vida de un muerto*.

Diego ROMÁN MARTÍNEZ
Universidad Complutense de Madrid